

2. No habiendo cosa mas importante que la perseverancia final, tampoco hay otra que se deba pedir á Dios con mayor instancia. Empeña á este fin los santos que son de tu mayor devocion y confianza, y no dejes de pedirselas á Dios durante esta novena, por intercesion de su siervo san Francisco Javier, cuyo fervor, aunque fué tan extraordinario desde el primer instante de su conversion, creció siempre hasta el último momento de su vida. La salvacion pende de la buena muerte.

Oracion para el séptimo dia de la novena.

« Glorioso san Francisco Javier, que, consumido de
 » trabajos por la gloria de Jesucristo, despues de haber
 » convertido á la fe tantos reinos, despues de haber
 » levantado mas de seis mil iglesias al verdadero Dios,
 » y despues de haber bautizado mas de un millon de
 » infieles, espirasteis sobre los peñascos de la isla de
 » Sanchon, privado de todo humano consuelo, pero
 » abundantemente colmado de los divinos; alcanzad-
 » me, os ruego, de mi Salvador Jesucristo la perse-
 » verancia final, y que muera santamente con la
 » muerte de los santos, juntamente con la gracia
 » que os pido en esta novena, si fuere conducente para
 » que yo consiga esa dichosa muerte. Amen. »

DIA ONCE.

SANTA PERPETUA Y S. FELICITAS, MÁRTIRES.

La preciosa muerte de estas ilustrísimas mártires sucedió en el dia siete del presente mes, pero como en él celebra la santa Iglesia la fiesta de santo Tomás de Aquino, reservó al dia once la piadosa historia del

martirio de estas dos insignes santas, á quienes san Agustin ha dado tan magníficos elogios, teniendo por costumbre proponerlas á su pueblo como modelo para confundir á los cobardes, y para animar á todos al ejercicio de la virtud.

Habiendo publicado el emperador Severo un edicto en que mandaba se quitase la vida á todos los cristianos que no quisiesen sacrificar á los dioses del imperio. Minucio Timoniano, procónsul en la provincia de Africa, excitó contra ellos una de las persecuciones mas crueles. Desde los principios de ella fueron presos en Cartago cinco jóvenes catecúmenos, cuyos nombres eran Revocato, Saturnino, Secóndulo, Perpetua y Felicitas.

Era Perpetua una dama de veinte y dos años, de nobilísimo nacimiento, bellamente educada, de grande discrecion, pero de mayor piedad. Vivian todavía sus padres, aunque de edad muy avanzada, cuando la prendieron, y tenia una tia y dos hermanos, uno de los cuales era tambien catecúmeno. Habíase casado, y tenia un niño á quien ella misma criaba á sus pechos. Créese que su marido era cristiano, y que se ocultó por miedo de la persecucion.

Felicitas, aun de menos años que Perpetua, era tambien casada, y estaba en cinta de siete ú ocho meses; y aunque no era de clase tan distinguida como Perpetua, no eran menos nobles sus inclinaciones.

Luego que prendieron á las dos santas, las llevaron á una casa particular donde estaban guardadas con centinelas de vista. A esta casa concurrió el padre de Perpetua, que era gentil, á persuadirla con ruegos, con lágrimas, y con cuantos medios pudo sugerirle el dolor y el amor paterno, á que renunciase la fe. Habiendo escrito la misma santa la historia de su martirio el dia antes de su preciosa muerte, no se

puede desear testimonio mas veridico ni mas autentico; y así la referiré con las mismas palabras de la santa, ni mas ni menos, como se hallan en las actas mas antiguas.

» Todavía estábamos con los perseguidores, cuando mi padre, por el amor que me tenia, hizo cuanto pudo para obligarme á renunciar á Jesucristo. Como él continuase, yo le dije: *¿Padre, ves ese vaso que está en el suelo, ó cualquiera otra cosa que te parezca?* Si, me respondió. *Yo añadí: ¿A ese vaso se le puede dar otro nombre que el suyo?* No, me dijo él. *Pues tampoco yo puedo llamarme otra cosa que lo que soy; esto es, cristiana.* Al oír esto, lleno todo de cólera, mi padre se arrojó á mí para arrancarme los ojos; me maltrató, me cargó de injurias, y se retiró vencido, como el demonio que se valió de él para vencerme. Habiéndose pasado algunos dias sin ver á mi padre, di gracias á Dios, y me alegré mucho de que me dejase en paz. En este medio tiempo tuvimos todos la dicha de recibir el bautismo. Al salir del agua tuve una grande inspiracion de no pedir á Dios otra cosa sino paciencia y valor para padecer animosamente todos los tormentos que me quisiesen hacer sufrir.

» Pocos dias despues nos metieron en la cárcel; al entrar en ella me espanté, porque nunca habia visto aquellas tinieblas. ¡O buen Dios, y qué dia aquel! El vaho caliente y desagradable que exhalaban los muchos que estaban encerrados en el calabozo; los malos tratamientos que nos hacian los soldados; la inquietud en que estaba, no sabiendo qué se habia hecho de mi niño; todo esto me hizo pasar malos ratos. No obstante, los diáconos Tercio y Pomponio pudieron conseguir con dinero que nos permitiesen pasar algunas horas del dia en un sitio menos desacomodado, donde respirásemos aire mas libre, y nos refrigerásemos.

» Salimos, pues, del calabozo, y cada uno atendia á sus cosas; yo recobré mi niño, y le di de mamar, porque estaba muriéndose de hambre. Encomendábale á mi madre, animaba á mi hermano, y me consumia de dolor por la pena que les causaba. Muchos dias pasé en estas amargas inquietudes. Habiendo, en fin, alcanzado licencia para tener el niño en la cárcel conmigo, me hallé muy consolada; el Señor me comunicó nuevo aliento, haciéndoseme desde entonces tan dulce la prision, que no la trocara por otra alguna estancia.

» Vino entonces á verme mi hermano, y me dijo: Hermana, yo sé que puedes mucho con Dios; pídele que te dé á entender, por medio de alguna vision, si esto ha de parar en martirio. Como habia mucho tiempo que el Señor me hacia grandes mercedes, y se dignaba permitirme que le hablase con simplicidad y confianza, respondí á mi hermano sin detenerme que el dia siguiente le daria noticias ciertas. Hice oracion, y hé aqui lo que me fué mostrado.

» Vi una escala de oro maravillosamente alta, que se elevaba desde la tierra hasta el cielo, pero tan estrecha, que solo podia subir de una vez una persona. A los dos lados de la escala estaban clavadas de abajo arriba navajas, garfios, puntas de espadas, lancetas, púas aceradas, y otros instrumentos de hierro, de manera que el que subiese descuidado, y sin mirar atentamente á lo alto, seria herido y despedazado en todo su cuerpo. Al pié de la escala estaba echado un espantoso dragon de enorme grandeza, en ademan de arrojar sobre los que pretendian subir, el cual hacia huir á todos por el terror que les causaba. El primero que subió fué Saturo, que habia sido preso despues que nosotros. Cuando llegó á lo alto de la escala, se volvió hácia mí, y me dijo: Perpetua, aqui te espero; pero mira no te muerda ese dragon. Yo le respondí: En nombre de mi Señor Jesucristo,

no me hará daño. Levantó el dragon mansamente la cabeza, como que tenía miedo de mí, y habiéndose puesto sobre el primer paso de la escala, como que iba á subir por ella, yo puse el pié sobre su cabeza. Subí, y vi un jardín de una inmensa extension, y en medio de él un hombre grande sentado, en traje de pastor, con los cabellos blancos, que estaba ordeñando á sus ovejas, rodeado de muchos millares de personas, todas vestidas de blanco. El pastor levantó la cabeza, me miró y me dijo: Hija, seas bienvenida. Despues me llamó y me dió como un bocado de queso hecho de la leche que ordeñaba; recibilo con las manos juntas, comilo, y todos los que estaban al rededor de él respondieron: *Amen*. A este ruido desperté, y hallé que todavía estaba mascando una cosa dulce. Luego que conté esta vision á mi hermano, conocimos ambos por este misterioso sueño que estábamos destinados para el martirio, y que el bocado delicioso significaba la eucaristía que se acostumbra dar á los mártires para disponerlos á la pelea; y desde entonces nos consideramos entrambos como si ya no fuéramos de este mundo.

» Pocos días despues, habiendo corrido la voz de que nos habian de tomar nuestra confesion, vino mi padre de la ciudad á la cárcel, ahogado de tristeza y todo bañado en lágrimas, y me dijo: Ten, hija mia, lástima de mis canas; ten compasion de tu anciano padre; si te crié hasta la edad en que estás, costándome tantos trabajos; si te preferí á tus hermanos, porque siempre te quise mas que á ellos, no me hagas hoy el oprobio de las gentes. Mira á tu afligida madre y á tu desconsolada tia; atiende á tus hermanos, y por lo menos, débete algun cariño ese hijo de tus entrañas que no podrá vivir sin tí. Deja esa fiera que te hace despreciar la muerte, y no te quieras perder por tu obstinacion.

» Así me hablaba mi padre por el amor que me tenía, besándome las manos, arrojándose á mis piés, deshaciéndose en amargo llanto, y ya no tratándose de hija, sino de señora. Enternecime algo, especialmente considerando que él seria el único de mi familia que no celebrase mi dichosa muerte. Solamente le dije para consolarle, que cuando estuviere en el cadalso seria de mí lo que Dios fuese servido; con esto se retiró todo afligido.

» El dia siguiente, cuando estábamos comiendo, fuimos citados de repente para ser preguntados. Lleváronnos á la audiencia; el concurso era infinito; subimos á los estrados, y preguntados todos los confesores, respondieron todos animosamente que eran cristianos. Hacia officio de juez, por muerte del próconsul Timoniano, el intendente Hilarion. Llamáronme, y al punto se me puso delante mi padre, con su nieto en los brazos, y me dijo: Ten lástima de tu hijo, ya que no la tengas de tu padre. Entonces me dijo el juez: Perpetua, compadécete de la ancianidad de tu padre, y de la tierna niñez de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores, y no te pierdas á tí y á tu familia.

» Nada de esto haré, le respondí yo. ¿Eres cristiana? me preguntó el juez. Yo le respondí: Soy cristiana. Como mi padre durante este interrogatorio se esforzase á sacarme de los estrados, Hilarion mandó que le quitasen, y le dieron un golpe con una vara. Sentílo yo como si me le hubieran dado á mí propia, no pudiendo ver sin dolor que mi padre fuese maltratado por mi causa. En este tiempo, viendo el juez que estábamos inmóviles en la fe, pronunció sentencia de muerte contra nosotros, y nos condenó á ser echados á las fieras. No se puede explicar el gozo que tuvimos oyendo la sentencia. Volviéronnos á la cárcel, y como mi niño acostumbraba tomar el pecho, se le envié

á pedir á mi padre por el diácono Pomponio, y él no se le quiso dar; pero Dios permitió que desde entonces no se acordase el niño de mamar, ni que á mí me incomodase la leche.

» Algunos días despues, estando todos en oracion, se me escapó el nombrar á Dinócrato, uno de mis hermanos que habia muerto muy jóven de un cáncer en el rostro; yo me admiré, y entendí luego que Dios queria que hiciese oracion por él. Hicelo con fervor, y aquella misma noche tuve esta vision.

» Ví á mi hermano Dinócrato que salia de un lugar oscuro, donde habia otras muchas personas. Parecíame que tenia mucho calor, y una gran sed, la cara hinchada y el color pálido. Causábame lástima; pero estaba al parecer muy lejos de mí para socorrerle. Cerca de él habia una fuente de agua, pero el pilon era tan alto que no podia alcanzar á él un niño; y aunque Dinócrato se estiraba todo lo posible para beber, no podia conseguirlo, y esto me affigia. Desperté entonces, y conocí que mi hermano estaba padeciendo algunas penas, y que tenia necesidad de oraciones. Tuve grande confianza de que podria conseguir su alivio de la misericordia de Dios; pediselo con lágrimas dia y noche, hasta que fuimos trasportados á la cárcel del campo donde habiamos de ser echados á las fieras. Estando ya en el cepo, tuve otra vision: Vi á mi hermano en el mismo lugar donde antes le habia visto; pero en estado muy diferente, porque estaba limpio de cuerpo, bien vestido, su semblante era hermoso y risueño, y se refrescaba á gusto. Desperté, y conocí que ya habia salido de las penas.

» Pocos días despues, el carcelero, que se llamaba Pudente, admirando nuestra constancia, tuvo lástima de nosotros, y dejó entrar á los que venian á vernos. Como se iba acercando el dia del espectáculo, vino mi

padre á buscarme penetrado de dolor; luego que me vió, comenzó á arrancarse las barbas y los cabellos, y arrojándose en el suelo, dando golpes con el rostro contra él, se quejaba de haber vivido tanto tiempo, y maldecia sus años. Compadécime de él; pero gracias al Señor no titubeó mi constancia. » Hasta aquí son palabras de la santa, de las que todas las actas hacen fe.

Saturo, santo y zeloso cristiano, que habia instruido á los mártires en la fe y en la piedad, tuvo la dicha de morir con ellos por Jesucristo. Estando en la cárcel, tuvo también una vision, que es una pintura de la gloria del paraíso donde habian de entrar despues del martirio. Secóndulo habia muerto en la cárcel, de pura miseria.

Mientras tanto se iba acercando el dia del triunfo de nuestros santos; pero templaba un poco su alegría la inquietud que les causaba el preñado de santa Felicitas, que se hallaba de ocho meses; y ella estaba mas affigida que los demás, porque prohibia la ley que en ninguna mujer embarazada se ejecutase la sentencia de muerte hasta cumplido el término de su parto. Hicieron todos juntos oracion á Dios, y el mismo dia parió felizmente una niña, que tomó á su cargo una mujer cristiana, ofreciendo criarla como si fuera hija suya. Pero como en el parto padeciese recios dolores, y no se pudiese contener sin gritar, uno de los criados del carcelero la dijo: Si ahora te quejas tanto, ¿qué será cuando te veas despedazar por las fieras? A lo que le respondió la santa: *Ahora soy yo la que padezco; entonces habrá otro que padezca en mí, quiero decir Jesucristo por su gracia, que padecerá por mí, puesto que yo padeceré por él.*

Llegado el dia del combate, que fué el en que se celebraban los años de Geta, hijo del emperador, salieron los mártires de la cárcel para el anfiteatro,

como si saliesen para el cielo. Llevaban pintada la alegría en sus semblantes, con especialidad santa Perpetua y santa Felicitas, que marchaban inmedias á los santos Revocato, Saturnino y Saturo. Luego que llegaron á la puerta, los quisieron precisar á que se vistiesen el traje que se acostumbraba poner á los que comparecian en los espectáculos; pero ellos se resistieron constantemente á estas ceremonias gentílicas, y salieron al anfiteatro con sus vestidos ordinarios.

Santa Perpetua cantaba alegres himnos, como quien ya celebraba su triunfo; Revocato, Saturnino y Saturo reprendian al pueblo su ciega obstinacion. Al pasar por delante de los cazadores, fueron todos azotados con varas. Dios concedió á cada uno el consuelo de morir con el género de muerte que habia deseado.

A las santas Perpetua y Felicitas las enredaron en un género de red, para exponerlas á una furiosa vaca que soltaron contra ellas. Recibió santa Perpetua el primer golpe, á cuya violencia cayó de espaldas; y reparando que la fiera la habia rasgado el vestido por un lado, lo juntó prontamente para cubrirse con honestidad y con decencia. Levantáronla del suelo, y ella misma se volvió á atar el esparcido cabello, por no parecer ni mas afligida ni descompuesta. Viendo á su amada compañera Felicitas toda revuelta y maltratada, la dió la mano y la ayudó á levantar. Dejose ablandar algo la dureza del pueblo á vista de lo que las dos santas acababan de padecer, y no exponiéndolas mas al insulto de otras fieras, las condujeron á la puerta Sanevivaria, para recibir el golpe de la muerte á impulso del acero de los gladiadores. Despertando entonces santa Perpetua como de un profundo sueño, volvió en sí de un dulcísimo éxtasis en que habia estado embelesada todo el tiempo

del combate. Volvia los ojos hácia todas partes como una persona que no sabe donde está, y preguntaba cuándo la habian de exponer á las puntas de la vaca; quedó admirada cuando la dijeron todo lo que habia pasado, y la hicieron reparar en ella misma los estragos de la fiera. Entonces hizo llamar á su hermano, y como si hablase á todos los fieles, le dijo: *Perseverad firmes en la fe; amaos los unos á los otros, y no os escandaliceis de lo que nos veis padecer.*

En este tiempo el pueblo habia clamado pidiendo que fuesen traídos los mártires al medio del anfiteatro, para lograr la diversion de verlos recibir el golpe de la muerte. Levantáronse los santos, y fueron todos por su pié, despues de haberse dado el ósculo de paz. Fueron degollados los primeros Saturo, Revocato y Felicitas. Á Perpetua la tocó un gladiador poco diestro, que habiendo ladeado la espada, descargó el golpe sobre el hueso, y la obligó á dar un grito; pero conduciendo despues ella misma la trémula mano del gladiador á su garganta, acabó con muerte tan preciosa su glorioso martirio, y fué á recibir en el cielo la corona debida á su magnánima y constante fidelidad el dia siete de marzo del año 203.

Aunque la santa Iglesia junta en una misma solemnidad la fiesta de estos seis ilustres mártires, con todo eso, solo hace mencion de las dos insignes mujeres Perpetua y Felicitas, por haberse distinguido tan admirablemente en su martirio, siendo su memoria de singular veneracion en todo el universo desde el principio del tercer siglo. San Agustin compuso tres panegíricos en honra de las dos santas, y cita las actas que hemos copiado como las mas auténticas; contando á Perpetua y Felicitas con san Estévan, san Cipriano y san Lorenzo, entre los mas ilustres mártires y los mas grandes héroes del cristianismo. Tertuliano, san Fulgencio y otros muchos padres antiguos hacen

magníficos elogios de nuestras santas, y la Iglesia ha insertado sus nombres en el sagrado cánon de la misa.

Sus preciosas reliquias fueron trasladadas de Africa á Roma; y tambien se veneran algunas en Francia en el monasterio de Devre cerca de Bourges, adonde las trajo de Roma san Raoult, ó san Roaldo.

SAN EULOGIO, PRESBITERO, MÁRTIR.

San Eulogio, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de España, uno de los mas célebres doctores ortodoxos, y uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo, nació en la ciudad de Córdoba en tiempo que los árabes eran dueños de ella. Sus padres, descendientes de la primera nobleza de los Romanos, y que hacian profesion de la religion cristiana, educaron al niño con el mayor cuidado en las máximas del Evangelio; é impresas estas firmemente en su corazon desde sus primeros años, arreglaron despues sus costumbres, conformándolas en todo con la ley santa de Dios. Dedicado el jóven Eulogio al servicio del Señor en la iglesia de san Zoilo de aquella ciudad, é incorporado en el seminario, ó sea colegio eclesiástico de aquel templo, emprendió con el mayor fervor la vida clerical, y la carrera de las letras. Como se hallaba dotado de un ingenio naturalmente vivo y de grande comprension, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Su deseo de instruirse y adelantarse en los conocimientos sabios era tan grande, que no satisfecho con la enseñanza de los maestros ordinarios á cuyo gobierno estaba fiado, buscaba otros por quienes la fama y opinion de hombres excelentes y de superiores luces estaba declarada. Este espíritu le llevó á la escuela del abad llamado *Espera en Dios*, quien

por aquel tiempo era admirado y tenido como por un oráculo de ciencia y santidad: aqui se adelantó Eulogio considerablemente, y se hicieron bastantemente sensibles sus bellos talentos. Alvaro de Córdoba, su íntimo amigo y su cronista, que era alumno de la misma escuela, hablando de los progresos de nuestro santo, dice: con esta ocasion le conocí, y era tanta la dulzura y suavidad de su condicion, que mi mayor delicia era tratarlo. Fué estrechísimo el vínculo de amor y pia afeccion con que uní mi voluntad á la suya, y quedamos tan semejantes y conformes en los deseos, que con la misma inseparable uniformidad y sagrada correspondencia proseguimos los estudios bajo los preceptos é instruccion de aquel célebre maestro. Nuestros mutuos cuidados eran inquirir las verdades, y con mayor zelo y ardor las mas recónditas y elevadas de las santas escrituras. Tanta era y tan vehemente nuestra pasion por alcanzarlas, que aun no sabiendo manejar los remos de los primeros principios de la facultad, ya nos engolfábamos en el profundo piélago de sus misterios: de esto tratábamos boca á boca cuando nos veíamos; de esto nos escribíamos estando ausentes; estos eran los entretenimientos de nuestra juventud y nuestra recreacion, y en ellos teníamos librado todo el gusto de nuestra vida. Las disputas pacificas eran nuestra diversion, las escuelas nuestros paseos, y la sagrada escritura nuestros jardines.

Particularizándose despues de esto con Eulogio, añade: consagróse desde sus mas tiernos años á las letras eclesiásticas, y creciendo cada dia mas y mas, tanto en el estudio de las ciencias como en el de las virtudes, consiguió la perfeccion de estas, y alcanzó el realce de aquellas. Descollando sobre sus contemporáneos, lució con tal sabiduria, y brilló con tal erudicion, que era aclamado por doctor de los maestros, á los que sobrepujaba, si no en edad, ciertamente en